RECUERDOS DE ALEJANDRA PIZARNIK*

Antonio Requeni

Al promediar la década de los años cincuenta, las tres cuadras de la calle Viamonte que van de Florida a 25 de Mayo, eran el territorio habitual y emblemático de la intelectualidad porteña. En la esquina de Florida estaba le confitería Jockey Club, donde por las tardes podía verse a Oliverio Girondo y su esposa Norah Lange con su revuelta cabellera rojiza, rodeados por los poetas surrealistas Enrique Molina, Edgar Bayley y Francisco Madariaga, quienes junto con artistas plásticos afines fundaron allí la revista *Letra y Línea*. Borges, burlón y poco afecto a los excesos vanguardistas, la llamaba "Letrinia".

A poca distancia, en la acera opuesta de Viamonte, se hallaba la librería "Galatea", del francés Félix Gategno y su socio Pierre, que había sido héroe de la Resistencia en París. Allí podía encontrarse las últimas novedades bibliográficas llegadas de Francia, así como la revista "*Temps Modernes*" y discos de Juliette Greco y Jacques Brel.

En la siguiente cuadra, a metros de San Martín, en el primer piso del edificio de Viamonte 494, funcionaba la oficina de la revista y editorial *Sur*. El edificio se levantaba en el solar donde había nacido Victoria Ocampo. En la vereda de la Facultad de Filosofía y Letras, pasando Reconquista, estaba la pequeña librería "Letras", de la robusta y simpática María Rosa Vaccaro, y frente a la Facultad otra librería: "Verbum" de Paulino Vázquez. Se decía que el local era en realidad de dos profesores que por temor a la persecución peronista pusieron como testaferro a Paulino Vázquez, un gallego que había sido ordenanza de la Facultad y ahora fumaba en pipa y adoptaba un gesto intelectual, entre circunspecto y reconcentrado. Una de las paredes estaba ornada con fotografías de los poetas de la generación del 40, algunos de los cuales eran habitué de la librería: Alberto Girri, Héctor Murena, y otros hoy bastante olvidados como Eduardo Jorge Bosco, Héctor Villanueva y Gregorio Santos Hernando.

Un bar frecuentado por los cuarentistas era el "Florida", en uno de los accesos de las Galerías Pacífico. Una tarde me hallaba sentado a una de sus mesas cuando vi entrar al poeta y editor Arturo Cuadrado con una jovencita. Cuadrado, a quien conocía, me

* Comunicación leída en la sesión 1504 del 11 de agosto de 2022.

saludó y presentó a su acompañante. Era Alejandra Pizarnik, de quien acababa de publicar en su editorial "Botella al Mar" el libro *La tierra más ajena*. Reconocí en ella a una vecina que había visto muchas veces en el barrio sin saber quién era. Los dos vivíamos entonces en Avellaneda. Ella también me reconoció. Ese fue el comienzo de una amistad que perduró hasta su muerte.

Alejandra tenía 19 años, estudiaba en la Facultad y había hecho un curso de periodismo junto con su amiga Elizabeth Azcona Cranwell, donde tuvo una relación algo más que sentimental con su profesor de literatura, también poeta, que la inició en su fascinación por los poetas románticos alemanes y por los franceses llamados "malditos".

Desde entonces la acompañé más de una vez a su casa en la calle Lambaré 114, donde un día me invitó a entrar, lo que se volvió una costumbre. Conocí a sus padres. Con Alejandra charlábamos en su habitación colmada de libros, cuadros y una pizarra en la que escribía con tiza sus poemas o pegaba collages con papeles de colores. Un gran afiche con el rostro de Gerard Philippe presidía su mesa de trabajo. Decoración que reprodujo en su nuevo cuarto cuando la familia se mudó a Montes de Oca 675, en Barracas, donde también le visité. Su hermana mayor Myriam, se había casado y ya no vivía con ellos. En ese departamento murió su padre a los cincuenta y tantos años. Don Elías Pizarnik había sido un polaco alto, erguido, distinto físicamente de Alejandra, que era menuda como la madre. La muerte del padre fue para su hija un duro golpe. Ella habla sido su preferida. Le relación con la madre era, en cambio, conflictiva. No veía bien que Alejandra frecuentare ciertos ambientes y volviera de noche tarde. Sin embargo, a mí me tenía confianza y afecto. Después de muerta Alejandra, me llamaba por teléfono para que la aconsejara sobre pedidos de ediciones u homenajes, a su hija.

Recuerdo los frecuentes encuentros con Alejandra en aquellos años. Yo era seis años mayor y nunca hubo entre nosotros más que una amistad fraternal. Alejandra tenía mucho humor y le encantaba oír noticias y chismes de los escritores. Además, me hacía confidencias. Entonces le gustaban los muchachos. Se había acercado al grupo "Poesía Buenos Aires" y se sentía enamorada de uno de sus integrantes. "es lindo –me decía- y tiene ese pecho de granadero". De otro poeta que la pretendía trataba de escapar "porque -decía- está siempre transpirado y tiene la cara llena de granos". Omito los nombres para no caer en el cotilleo.

Alejandra estudiaba también pintura -su otra vocación- con el maestro Batlle Planas, y se psicoanalizaba. Lo hizo con León Ostrov y con Enrique Pichon Rivière. Este último confesó, años después, que más que psicoanalizarla era ella la que lo poetizaba.

Lo que verdaderamente apasionaba a Alejandra era la poesía. En ese aspecto los dos teníamos distintas preferencias. Yo había publicado mi primer libro en 1951 y me consideraba, por lo tanto, un apéndice de la Generación del 40. Tal vez una apendicitis... Ella adhería a los principios estéticos de "Poesía Buenos Aires", cuyos componentes, partidarios de las más avanzadas corrientes literarias europeas, reaccionaban contra el neoclasicismo y neorromanticismo de quienes militábamos en el 40. Pero con Alejandra nos respetábamos, jamás discutimos; a lo sumo una broma, como cuando me dijo que yo era un sentimental sin remedio y que moriría aplastado por una lágrima. Yo concebía la poesía, ciertamente, como expresión de sentimientos y elaboración estética del lenguaje; como una forma de arte, de belleza. Ella iba más hacia lo hondo, sentía la poesía como búsqueda de un conocimiento esencial. En el libro *El alma romántica y el sueño*, de Albert Béguin, que un día le presté, encontré, al devolvérmelo, la siguiente frase subrayada: "Toda la riqueza de nuestra vida pertenece a los abismos inconscientes. ¿Pero cómo percibirla? ¿Cómo realizar el descenso a los infiernos interiores? Por medio de la palabra y la poesía". También le interesó mucho otro libro que le presté: las *Cartas de amor* de la monja portuguesa del siglo XVII Mariana Alcofarado. La poetisa inglesa Elizabeth Barret se inspiró en este personaje para escribir sus "Sonetos del portugués".

Poesía y vida constituían para Alejandra dos términos indisolubles. Ella creó su poesía pero en igual medida su poesía creó a la persona o el personaje Alejandra Pizarnik. Sus temas, reiterados cada vez con mayor hondura e intensidad en libros como *Las aventuras perdidas*, *Los trabajos y las noches* o *Extracción de la piedra de locura*, descubren las claves profundas de su personalidad, su desazón existencial, la expectativa de una revelación trascendente, la nostalgia por la inocencia perdida y, ante el amor, una actitud fluctuante entre la exaltación y un sombrío escepticismo.

Alejandra fue una isla solitaria en nuestro ambiente literario, un ser casi desprendido de su entorno social, solo atento a los ecos de su conciencia -o subconciencia- y marcada con el sello o el estigma de una tremenda lucidez. Además, desde un punto de mira estrictamente literario, dueña de un insoslayable rigor estilístico.

Sus breves, escuetos e intensos poemas son por momentos un tanto oscuros, herméticos, como si claridad y profundidad fueran para ella principios difícilmente conciliables.

En aquellos años soñaba con viajar a París, la ciudad de sus poetas dilectos: Nerval, Baudelaire, Lautreamont, Rimbaud. En 1959 yo había vivido cuatro meses en la capital francesa y, al volver, mis comentarios reforzaron su antiguo anhelo. "París es una ciudad cortada a tu medida", le decía. Y en 1960 Alejandra hizo realidad su sueño. Conservo cartas y postales enviadas desde su modesto hotel parisino. Algunos de esos cariñosos testimonios epistolares se reproducen en el libro *Correspondencia Pizarnik* recopilado por su amiga Ivonne Bordelois. De entre aquellas cartas quiero destacar dos párrafos; en uno me decía: "Yo estoy bien, guapa, esbelta, infantil y siniestra como *d'habitude*. Entre amores y errores, trabajando como quien quiere salvarse". Y otro párrafo: "Aún no empleé las direcciones que me diste. Soy patológicamente tímida cuando se trata de visitar a personas que no conozco, las que conozco son pocas pero suficientes. Además, que me puede hacer un poco más de soledad". En otra carta me había escrito, en francés:"*je ne desire qu'un ange*". Yo no deseo sino un ángel.

Después de haber vivido casi cuatro años en París, Alejandra regresó distinta. Cuando, años antes, yo estaba por viajar, me pidió que le trajera una polera color verde botella como la que usaba Sartre y sus acólitos existencialistas. Cumplí su deseo. Ella, al volver, me regaló un volumen con las poesías de Pasternak vertidas al francés. Pero lo más hermoso del regalo fue cuando encontré, al abrirlo, sus anotaciones y dibujitos con tintas de distintos colores en los márgenes de las páginas.

Dije que Alejandra regresó distinta. Los rasgos de su rostro, siempre reacio al maquillaje, se habían como endurecido; era un rostro todo inteligencia que trasuntaba, además, una desasosegada vida interior. Conservaba su sentido del humor, pero éste se había vuelto ácido, sombrío. Aquí siguió colaborando en revistas nacionales y extranjeras, se hizo acreedora a becas y premios y dio a la estampa nuevos libros. Viajó a los Estados Unidos mediante la beca Guggenhein y volvió a París, pero al poco tiempo regresó desencantada. No había encontrado el ambiente de la primera vez. Fueron años de una progresiva depresión.

Nos seguimos viendo aunque con menor asiduidad. Hubo momentos felices como cuando ambos festejamos haber sido incluidos en la Antología Consultada de la Joven Poesía Argentina. Y cuando con Jorge Calvetti y Oscar Mermes Villordo, compañeros en la redacción de *La Prensa*, invitamos a cenar en el comedor del diario a las tres

mejores poetas de ese momento: Alejandra, María Elena Walsh y Amelia Biagioni (faltó Olga Orozco). Pero sin que existiese un distanciamiento, como ya dije, nos veíamos menos. En realidad, no me sentía cómodo con algunas compañías que la rodeaban. Tampoco me identificaba con sus últimos textos, tan exasperados y hasta obscenos. Alejandra se había entregado ya a ese "desarreglo de los sentidos" preconizado por su admirado Rimbaud.

Los viajes a París, especialmente el primero y más prolongado, la enriquecieron y, al mismo tiempo, la llevaron a profundizar su inquietud existencial. Tuvo gratificantes experiencias: la amistad con Octavio Paz, que prologó su libro *Árbol de Diana*, y con Julio Cortázar y Aurora Bernárdez, así como el conocimiento de su muy leída Simone de Beavoir. Pero no todas fueron mieles. Alejandra empezó a experimentar, trágicamente, sobre todo en los últimos años, la dificultad de vivir, el horror a la nada y, a la vez, una tendencia autodestructiva. Su poesía se había transformado en un camino hacia el abismo.

Cuando en su último domicilio de Montevideo 980 decidió poner la palabra fin a su corta existencia (tenía 36 años), sentí dolorosamente su muerte, pero no me sorprendió. Hacía tiempo que Alejandra era carne de suicidio. Ya lo había intentado y le salvaron haciéndole un lavado de estómago en el hospital Pirovano. En uno de sus poemas habla escrito: "Basta de hacer fila para morir". No puedo dejar de imaginar la noche en que lo logró. La imagino sombría, temblorosa, tal vez aterrada, ingiriendo todas las pastillas de un frasco de seconal.

Siempre la quise, la admiré y la sigo admirando, pero en estos momentos, a 50 años de aquel fatídico 25 de setiembre de 1972, prefiero borrar su imagen última y recordar a la jovencita intensamente sensible y tiernamente afectuosa que una tarde me presentó Arturo Cuadrado en un bar de la calle Viamonte.

Antonio: entonces el ángel que firma
con mi nombre me dictó este poema
para ti

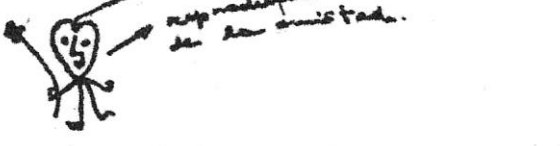
Aquí no hay sol.
No es más que un sol
para los hombres lo miran
y después cantan.

Yo no sé del sol.
Yo sé la melodía del ángel
y el sermón caliente
del último viento.
Sé gritar hasta el alba
cuando la muerte se para desnuda
en mi sombra.

Yo lloro del ojo de mi suspiro.
Yo agito partículas en la nube
y barcos sedientos de realidad
bailan conmigo.
Yo oculto clavos
para escarnecer a mis sueños enfermos.

Aquí no hay sol
Yo me visto de cenizas.

Alejandra Pizarnik



representación del pájaro
de la amistad.

Mi muy querido Antonio: [redacted] gracias por tus palabras. [redacted]. Yo te recuerdo mucho, cómo no hacerlo, (la dulzura de tu voz, etc, etc,). Confieso que lloré cuando leí aquello de "tendrías que venir a París pues es una ciudad cortada a tu medida." Seguro que iré. Y en eso estoy. Posiblemente iré en junio del año próximo salvo que consiga dinero antes o que suceda algo semejante. Dime cómo andan por allí cuestiones como alquilar una bohardilla en pleno centro (llena de luz) y cuestiones de un empleo de horario breve para una joven bien dotada y poeta. Sé que todo esto es muy difícil y preguntarlo es ingenuo. No obstante, confío en que los dioses de las muchachas tristes no me dejarán reventar dentro del seno duro y árido de la familia. Si supieras una posibilidad o certeza de empleo envía por mí que yo conseguiré alas. Dime también qué resulta – en pesos castellanos – vivir en un hotel sin pensión (decente, por favor). Y dime, en fin, cuánto tiempo te quedarás y si estarás aún el año próximo. Dime cómo te va, qué dicen las francesas de ti (no estarás gordo?). Dime si volverás a España (Rubén Vela fué con la embajada argentina en Valencia. Si quieres verlo o tal vez que te hospede, y no lo conocieras, yo le escribiré). Dime si ~~todo te es fácil o difícil~~ | Yo... no estoy en el mundo." [redacted]

[redacted] Gracias por la postal colmada de magia. Me quedo a la espera de las infinitas respuestas. Tuya

Alejandra

Prepárame un bello francés o lo que fuere ——

je ne désire qu'un ange

(Dicen que R. Tagore descubría formas divinas en sus tachaduras)

17 de Noviembre

Queridísimo Antonio:

Perdón por mi silencio, por mi demora en contestarte pero tengo muy poco tiempo, de manera que me limité hasta ahora a mandarte abrazos imaginarios. Pero hoy, que anoche enfermita porque anoche tu amiguita se recreó más de la cuenta en mi restaurant ruso, pienso en tí y en tu hermana canta y entonces te envío señales y abrazos y mi agradecimiento por tu libro tan puro, tan cálido.

Lo que te dijo mi madre es relativamente. Trabajo un poco en Cuadernos, donde corrijo pruebas de imprenta 4 horas por día y también colaboro, a veces, en la enciclopedia Larousse. Cuadernos es una revista muy horrible de manera que mi contacto con ella es exclusivamente administrativo. Apenas consiga algo mejor cambiaré de sitio de trabajo.

Lo demás anda maravillosamente bien. Tengo una puerta muy linda en Saint-Germain y Rue du Bac y muchísimos amigos. He publicado en algunas revistas parisinas (Lettres Nouvelles, La Nouvelle Révue Française y otras de gente joven). Y sigo haciendo poemas, más que nunca. Sólo interrumpo la nostalgia de mi madre...

A Octavio Paz le gustó mucho tu libro. Si quieres cosas otras para Julio Cortázar y demás sudamericanos de aquí que valen la pena. Escribeme pronto y no me olvides. Y te retribuyo eróticamente como una poética compañera - tu cálido abrazo incestuoso.

Alejandra

9, rue de LUYNES
Paris 7è

Buenos Aires, 21 de marzo

Mon cher Antonio,

he llegado al espacio que nos rodea y deseo ver a uno de sus elementos más interesantes. ¿Cuándo te veo? Ven a mi falansterio o, si prefieres, concedeme un rendez-vous en algún café cantante con orquesta de Señoritas. Un abrazo de tu

Alejandra

28-6349

18 de octubre

Mi querido Antonio, dulcemente reposa el poeta, dulcemente sueña que reposa, que reposamos o reposaríamos. Gracias muchas veces - acompañadas de dulces y reposantes ósculos en cada mejilla - por tu artículo maravillosamente escrito y lleno de afección. No te preocupes por falansterio, término que saboreé lentamente. No todo el mundo es dueño de un falansterio... Yo, no sólo lo poseo sino que hasta lo comentan en un diario. Me alegra enormemente que estés enamorado (sea fantasmal o no) y tus poemas - qué vibración tan nueva, mon cher! - lo dicen y lo hacen. No te olvides que estoy aquí y no ~~[struck out]~~ vaciles en pedirme lo que necesites de París. No trabajes demasiado (en la fábrica) o si querés hacerlo no dejes la poesía para después. Cómo y cuánto te asombrarías de verme (no sólo cambios físicos sino tabla rasa a todos los ismos y snobismos. Lo difícil es lo otro, la dura sencillez. Vos sabes mucho de estas cosas) Hasta pronto, mi querido, y sobre todo un gran abrazo de

Alejandra

623 CHAGALL - Le poète allongé. 1915
The poet lying down
Tate Gallery, Londres

Reproduction réservée A.D.A.G.P. Paris . Fernand Hazan, éditeur. Printed in France